

Lo primero que hacen es poner con mimo los bocadillos en los radiadores, de canto; después, bajo la frialdad de los fluorescentes, bostezan, abren los cuadernos, los libros, disimulan un rato —algunos fingen bien—hasta que suena el timbre y se abalanzan hacia el patio, se empujan, chillan, tiran el papel albal de los bocatas hecho bolas, se empujan, gritan —algunos ceden, se achantan—. Hoy ha pasado por la calle el hombre con el carro, pantalones remendados, cigarro en la boca. Sentado en el estribo como una mujer, arreaba el burro, que llevaba una alforja de esparto. Me pregunto de dónde saldrá, tan tardo y pobre y retrasado.

Cada vez que aparece, con grande algarabía e irrisión se pegan a la valla para mofarse, se burlan del hombrecillo desdentado. Lo graban con el móvil, exhiben corrector dental, lo insultan. Cosa de críos, dice un compañero, los chavales ya se sabe. Entonces pienso: la suciedad de la mañana, risas de chimpancé. Y el burro se para porque sí, menea el rabo. Caga. El carro sólo lleva alambres sueltas, oxidadas, las ruedas son de goma.

Entre el todo y la nada nos destruye el poema: mi casa son sus ruinas.

N° 9-10, 2009 Pliegos de Yuste